

PRESENCIA MISIONERA EN LA VIDA DE LA IGLESIA

I. La misión ad gentes ante una aparente dicotomía

Se me ha pedido compartir con todos los presentes unas ideas sobre “La presencia misionera de la Iglesia” en el contexto de la Iglesia universal. Entiendo que los responsables de esta jornada han querido encargarme la tarea de poner el marco de la situación real de la actividad misionera de la Iglesia en la actualidad. Ojalá pueda aportar con alguna reflexión para que todos nosotros nos demos cuenta de la urgencia y de la necesidad de nuestro compromiso misionero como cristianos bautizados. Para ello me parece muy saludable salir al encuentro de dos aparentes dicotomías.

1. Desde el aparente fracaso a la esperanza

Juan Pablo II al comienzo de su encíclica misionera *Redemptoris Missio*, recuerda como una realidad incuestionable que “La Misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse. A finales del segundo milenio después de su venida, una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos y que debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio” (n. 1). La misión que encomendó Jesús a la Iglesia antes de partir para el Padre está “aún en sus comienzos”, a pesar de los dos mil años que han transcurrido desde entonces y del enorme esfuerzo que han realizado las comunidades cristianas con el envío de tantos misioneros y misioneras a “todos los lugares del mundo”. Sólo una simple mirada a la humanidad nos desvela que sólo una sexta parte de las personas que actualmente pueblan la tienen conocen la Buena Nueva del Evangelio.

Por otra parte, al final de la misma encíclica, en la conclusión, se abre un horizonte tan esperanzador como sorprendente: “Veo amanecer una nueva época misionera, que llegará a ser un día radiante y rica en frutos, si todos los cristianos y, en particular, los misioneros y las jóvenes Iglesias responden con generosidad y santidad a las solicitudes y desafíos de nuestro tiempo” (n. 92).

Esta aparente dicotomía se trueca en una fundada esperanza al anunciar con tono profético un “Kairós”, un tiempo de gracia y un momento privilegiado de la misión. Ahora bien, para que su profecía pueda realizarse el Santo Padre presenta “condiciones”, cuando dice: “si todos los cristianos y las Iglesias jóvenes responden con generosidad y santidad a los desafíos de nuestro tiempo”. Él se dirige especialmente a nosotros los cristianos de hoy y también a las Iglesias jóvenes, para “responsabilizarnos” del momento actual de la misión, y de la “hora de la misión” como fue proclamado en España con motivo del reciente Congreso Nacional de Misiones. El sí, pero todavía no de la misión... se comprende al mirar la respuesta misionera de la Iglesia a los requerimientos del Espíritu. Dios ha bendecido a la Iglesia en España con abundantes vocaciones misioneras en las diversas comunidades cristianas que han sido fruto de la profundización y difusión de la conciencia misionera. La “salida” de miles de misioneros y misioneras para colaborar con el dinamismo evangelizador de la Iglesia ha sido y continúa siendo expresión de la vitalidad de fe en las comunidades cristianas. Podemos afirmar que uno de los mejores indicadores de la vitalidad eclesial de una comunidad es su cooperación misionera, y sobre todo la cooperación personal. La diócesis de Málaga, con motivo de la conmemoración de los 50 años de su misión diocesana en Venezuela, ha hecho público esta generosa colaboración. La memoria de estos 50 años acertadamente elaborada por Lorenzo Orellana es un motivo de gratitud al dueño de la mies que ha enviado numerosos misioneros a su viña desde esta Iglesia particular. La cooperación entre esta Iglesia particular y la distintas diócesis de Venezuela con las que subsiste este compromiso de cooperación es una muestra de la cooperación de sacerdotes, religiosos y laicos con otras Iglesias en los cinco continentes. La misión diocesana es un don de Dios, pero no puede ni debe agotar la fuerza de la cooperación misionera que desborda cualquier reduccionismo local o sectorial.

2. Desde la debilidad a la fortaleza

Esta “nueva primavera” del Cristianismo anunciada por Juan Pablo II y ratificada con la respuesta de las Iglesias locales no está exenta de perplejidades e incomprendiones. “La misión específica ad gentes parece que se va parando, no ciertamente en sintonía con las indicaciones del Concilio y del Magisterio posterior. Dificultades internas y externas han debilitado el impulso misionero de la Iglesia hacia los no cristianos, lo cual es un hecho que debe preocupar a todos los creyentes en Cristo” (RM, 2). Se tiene la impresión que las “Misiones” o “Misión ad gentes” tenga el constante riesgo de **diluirse** en la misión genérica de la Iglesia, o dicho de otro modo, se tiene el miedo de que la misión ad gentes pueda presentarse como la actividad de la Iglesia que facilita la salida de efectivos de la pastoral que tanto se necesitan en estos momentos en la Iglesia particular. Es por eso que el Santo Padre usa adjetivos de un fuerte sentido negativo: “hay que evitar que esta «responsabilidad más específicamente misionera que Jesús ha confiado y diariamente vuelve a confiar a su Iglesia», se vuelva una **flaca** realidad dentro de la misión global del Pueblo de Dios y, consiguientemente, **descuidada u olvidada**” (RM 34).

Para iluminar mejor esta sorprendente paradoja tal venga bien recordar por primera vez en la historia de los 21 Concilios Ecuménicos la Iglesia publicó un documento conciliar sobre la actividad misionera de la Iglesia. Este documento inicia su singladura recordando que

- Podemos “conocer” el misterio de Dios en la profundidad misteriosa de la Santísima Trinidad (“su naturaleza”) gracias a su manifestación histórica, es decir, a su “éxodo” o “salida” por medio de las Misiones o Envíos de la Segunda y Tercera personas divinas en el tiempo (Encarnación y Pentecostés);

- Es posible descubrir realmente a la Iglesia cuando ésta se proyecta, en fidelidad a su Fundador y al Espíritu que la anima, más allá de sus fronteras, “ad gentes”. De ahí que la misma Redemptoris Missio considere la Misión ad gentes como “la actividad **primaria** de la Iglesia, esencial, y nunca concluida... la responsabilidad más específicamente misionera que Jesús ha confiado y diariamente vuelve a confiar a su Iglesia (n. 31) “Sin ella, la misma dimensión misionera de la Iglesia estaría privada de su significado fundamental, de su actuación fundamental y de su actuación ejemplar” (n. 34).

Sin embargo nuestra realidad, hoy en día, se nos manifiesta en abierto contraste con estas afirmaciones porque precisamente a partir del Concilio Vaticano II la salida de misioneros y misioneras ha ido disminuyendo en la Iglesia. Tal vez este dato esté en el corazón de Juan Pablo II cuando advierte “Conscientes de la responsabilidad universal de los pueblos cristianos en contribuir a la obra misional y al desarrollo de los pueblos pobres, debemos preguntarnos por qué en varias naciones, mientras aumentan los donativos, se corre el peligro de que desaparezcan las vocaciones misioneras, las cuales reflejan la verdadera dimensión de la entrega a los hermanos” (RM 79).

Ante esta situación de nuevo viene a nuestra memoria agradecida la **experiencia** que hace casi 2000 años tocó profundamente el corazón y la vida de Pedro, de Juan, de Santiago, de María, de Pablo y de muchos más. Pocos han expresado esta experiencia fundante tan bien como Pedro, el pescador de Galilea al que conocían desde la infancia como Simón (cfr. Hch 2,36-42). La **experiencia** de Pedro es la misma que han reflejado, una vez más, los más de 2000 obispos reunidos hace 40 años en Roma, veinte siglos después, en el Concilio Vaticano II: “La Iglesia ha recibido el Evangelio (!la más maravillosa noticia que jamás la humanidad haya escuchado!) como anuncio y fuente de salvación. Lo ha recibido como un don de Jesús, enviado por el Padre “para anunciar a los pobres el mensaje de alegría” (Lc 4,18), lo ha recibido por medio de los Apóstoles, mandados por Él a todo el mundo (cfr. Mc 16,15; Mt 28,19-20). Nacida de esta acción evangelizadora, la Iglesia siente dentro de sí misma cada día la palabra del Apóstol: ¡Ay de mi si no evangelizare!(1Co 9,16). Y entonces sigue **incesantemente enviando evangelizadores y misioneros** a donde el Espíritu Santo abra las puertas al anuncio de la Palabra” (cfr. LG 16 y 17).

Es en este contexto donde podemos recibir y meditar la preocupación de Juan Pablo II al inicio de su encíclica misionera Redemptoris Missio: “En nombre de toda la Iglesia -escribe- siento imperioso el deber de repetir el **grito** de San Pablo: ¡Ay de mi si no predicara el Evangelio!”. Desde el comienzo de mi pontificado he tomado la decisión de viajar hasta los últimos confines de la tierra para poner de manifiesto la solicitud misionera” (RMi 1).

II. Clarificaciones terminológicas

Después de contemplar estas aparentes paradojas entre dos posturas complementarias se hace necesario aclarar desde el principio qué se entiende por “**misión ad gentes**” para evitar el riesgo de diluir esta específica acción evangelizadora de la Iglesia” en la común -y por cierto necesaria- actividad pastoral de cada Iglesia particular.

La evangelización del mundo se realiza dentro de un panorama muy diversificado y cambiante, que da lugar a respuestas diferenciadas. Es verdad que Dios es único, único el Salvador, única la Iglesia, y única es la humanidad a la que ella está destinada como servidora, y por tanto una y única debe ser la Misión. Pero esta única Misión queda diversificada por muchos elementos, entre los que destacan fundamentalmente sus destinatarios. Redemptoris missio determina con claridad quiénes son los destinatarios de la **misión ad gentes**: “Los pueblos, grupos humanos, contexto socio-culturales donde Cristo y su Evangelio no son conocidos, o donde faltan comunidades cristianas suficientemente maduras como para poder encarnar la fe en el propio ambiente y anunciarla a otros grupos. Ésta es propiamente la misión ad gentes” (RM 33). No debemos, ni podemos olvidar que el mandato misionero de Cristo a sus Apóstoles, los destinaba precisamente a tales grupos humanos y por lo tanto –digámoslo otra vez- tal actividad debe ser siempre **prioritaria** en el conjunto de las tareas que forman parte de la misión global de la Iglesia. Es su principio unificador, como el amor es su fundamento. El uno y el otro han quedado cifrados en el doble mandamiento: “Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado”. (Jn 15,12) e “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del espíritu Santo” (Mt 28,19). La **misión ad gentes** se caracteriza esencialmente por realizar el primer anuncio de Cristo y de su Evangelio, por la edificación de la Iglesia local y por la promoción de los valores del Reino. Apunta además a la escucha y al diálogo con las grandes religiones, con las religiones tradicionales o “cósmicas” y con los nuevos “areópagos” como los que se encuentran en los nuevos ámbitos sociales y culturales. Ellos desbordan las fronteras de una misión ad gentes circunscrita a unos límites territoriales para hacernos ver que hay otras

situaciones igualmente necesitadas del anuncio de la “Buena Noticia”. En concreto, misión ad gentes es integrada por tres elementos constitutivos:

- El anuncio directo y gratuito de Jesucristo y del Reino de Dios que va más allá de la sola comunicación de los valores evangélicos.
- La audacia misionera para ofrecer la Buena Noticia y hacer presentes las exigencias del Reino de Dios.
- La edificación de la Iglesia en los lugares y ámbitos donde se inicia el acceso a Jesucristo, y el nacimiento de una comunidad que celebra su fe cristiana.

Por razón de quienes realizan esta actividad misionera de la Iglesia, la misión ad gentes integra otras tres acepciones complementarias:

Ø **“Ad extra”**, expresión que indica ante todo el movimiento de Cristo mismo “salido del Padre y venido al mundo” (Jn 16), y como consecuencia la disponibilidad a salir del propio país, acentuando así la universalidad de la misión que implica tener presente las palabras de Cristo Resucitado: “Id por **todo** el mundo y proclamad la Buena Noticia a toda la creación” (Mc 16, 15) y la urgencia de compartir el don de la fe y el servicio entre las Iglesias. Todo esto no excluye que haya situaciones de “primer anuncio” dentro de nuestra Iglesia particular como bien señala la Exhortación apostólica *Ecclesia in Europa* “Crece el número de las personas no bautizadas, sea por la notable presencia de emigrantes pertenecientes a otras religiones, sea porque también los hijos de familias de tradición cristiana no han recibido el Bautismo, unas veces por la dominación comunista y otras por una indiferencia religiosa generalizada. De hecho, Europa ha pasado a formar parte de aquellos lugares tradicionalmente cristianos en los que, además de una nueva evangelización, se impone en ciertos casos una primera evangelización” (n. 46).

Ø **“Ad vitam”**, con ella se quiere resaltar la dedicación total a la misión que nace y se nutre de una experiencia de amor con Dios, origen y fuente de la consagración a la misión. Conscientes, por otra parte, de que la misión misma posee una extraordinaria fuerza consagratoria de la persona, como lo manifiestan las biografías de los misioneros de todos los tiempos, de Pablo a Francisco Javier, de San Toribio de Mogrovejo a San Daniel Comboni, de Teresa de Lisieux a Teresa de Calcuta. Sin embargo. Esta consagración vocacional para toda la vida no excluye que en conformidad con la propia vocación y carisma, sea auténticamente misionero el servicio de quien pueda entregarse al anuncio del Evangelio durante unos años.

Ø **“Ad pauperes”**. Con esta expresión se quiere subrayar el servicio de la Iglesia y su entrega en favor de los más pobres, a ejemplo de Jesús. En el ámbito social son pobres los que sufren la injusticia, las víctimas de las guerras, los que padecen la escasez de los medios económicos, los hambrientos, los privados de derechos humanos, los refugiados, etc. Desde el punto de vista espiritual, **pobres** son los que no conocen a Jesús, siendo ésta la forma más radical de pobreza. A esta situación se refiere la *Redemptoris Missio* cuando afirma: “la aportación de la Iglesia y de su obra evangelizadora al desarrollo de los pueblos abarca no sólo el Sur del mundo, para combatir la miseria y el subdesarrollo, sino también el Norte, que está expuesto a la miseria moral y espiritual causada por el superdesarrollo”(n. 59).

III. La presencia misionera de la Iglesia. Nuevos retos al inicio del tercer milenio

La actividad misionera de la Iglesia tiene en la actualidad una serie de desafíos que de alguna manera deben ser afrontadas por la comunidad cristiana para implicarse con radicalidad en el compromiso salvador de Dios a favor de la humanidad. Me permito enumerar alguno de ellos con la conciencia clara de que no desarrollo todos los que la integran, pero me parece que éstos son esenciales e imprescindibles para entender las claves de la acción misionera de los llamados a la misión como de la comunidad cristiana que envía y acompaña.

1. La misión ad gentes como derecho de los pueblos y de las personas

Si la Iglesia tiene el deber y la obligación de evangelizar, de enviar heraldos del Evangelio a todo el mundo, si ella sólo “existe para evangelizar, y evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda” (EN 14), dentro de la normal lógica que **a todo deber corresponde un derecho**. Se debe afirmar que este deber existe porque hay un derecho de los pueblos y de las personas a recibir el anuncio de Cristo como “Camino, Verdad, y Vida”. “Toda persona- declara enfáticamente Juan Pablo II- tiene el derecho a escuchar la Buena Nueva de Dios que se revela y se da en Cristo, para realizar en plenitud la propia vocación” (RM 46). Esta referencia al derecho de los otros es repetida al menos por tres veces en la *Redemptoris Missio*, (cfr. nn. 11, 40 y 44). Pero a su vez es tomada de *Evangelii Nuntiandi* (1975) donde Pablo VI afirma: “Estas multitudes tienen derecho a conocer la riqueza del misterio de Cristo” (cfr. Ef 3,8) (n. 53). “La Iglesia tiene ante sí una inmensa muchedumbre humana que necesita del Evangelio y tiene derecho al mismo” (n. 57). Y al final de este emblemático documento Pablo VI vuelve sobre la misma convicción, pero desde otra perspectiva: “los hombres podrán salvarse -escribe- por otros caminos, gracias a la misericordia de Dios, si nosotros no les anunciamos el Evangelio, pero ¿podremos nosotros salvarnos si por negligencia, miedo, vergüenza -lo que San Pablo llamaba avergonzarse del Evangelio- o por ideas falsas omitimos anunciarlo? porque eso significaría ser infieles a la llamada de Dios” (n. 80).

Esta convicción está en el inicio de la vocación misionera al manifestarse no como un acto propio de generosidad sino como respuesta a las necesidades de los otros. Y aquello que se inició con el entusiasmo del

primer momento alcanza tal configuración en el misionero que de alguna manera define la entrega de su vida. Es la definición de su identidad: no es sólo él quien ayuda, sino quien se descubre como el primer beneficiario de esta relación interpersonal. El comentario más común de los misioneros es el reconocimiento de que ellos son los primeros beneficiarios de su trabajo misionero. Cuando uno responde con entrega generosa a las necesidades de sus hermanos, sin otro motivo que el de dar lo que gratuitamente se ha recibido, la paz interior y la alegría del deber cumplido no se deja esperar. Pueden venir bien el recuerdo de dos grandes evangelizadores de la Iglesia: ¡Cuánto debió San Juan Bosco a los niños de la calle de Turín!, les debía la alegría de su entrega, de su paternidad y ¡cuánto debía Daniel Comboni a los africanos!, les debía su heroísmo y su morir en la brecha, ¡ya que Cristo es también negro!. Sin duda esta dimensión debería tenerse más en cuenta a la hora de plantear la pastoral con inmigrantes o con cualquier otro sector más difícil de la pastoral ordinaria.

2. La misión ad gentes y el diálogo con otras religiones

La Iglesia cuando se trata de acercarse al misterio de la salvación para los que profesan otras religiones, tiene muy en cuenta dos verdades fundamentales:

En primer lugar la afirmación de la Primera Carta de San Pablo a Timoteo: “Dios quiere que todos los hombres se salven” (2,4). Se trata de la voluntad salvífica universal de Dios. Y si ésta es la voluntad de Dios, sin duda que Él da a todos sus hijos los medios necesarios y suficientes para su salvación, y se los da en la situación histórica y cultural en donde cada uno se encuentra.

En segundo lugar, a nadie Dios juzga por algo de que no es responsable, y no es “culpable” pues el haber nacido en una religión tradicional de África o Asia, así como no lo es el haber nacido en el Shintoísmo, en el Hinduísmo o en el Budismo, como es ningún “mérito”, el haber nacido en una familia católica. Por eso ya no cabe hablar de **infieles**, término con que hasta hace pocos decenios se les designaba a todos los no-cristianos.

De la condena y del “anatema” de las tradiciones no cristianas, la Iglesia ha dado el paso a la disponibilidad al **diálogo interreligioso** como parte integrante de la “misión ad gentes” (cfr, RM 55-57). Este diálogo no nace – por otra parte- de una táctica o de un interés, sino que es una actividad con motivaciones, exigencias y dignidad propias: es exigido por el profundo respeto hacia todo lo que en el hombre ha obrado el Espíritu “que sopla donde quiere” (Jn 3,8). Con ello la Iglesia trata de descubrir las “Semillas de la Palabra” (AG 11 y 15), el “desafío de aquella verdad que ilumina a todos los hombres” (NAe 2), semillas y desafío que se encuentran en las personas y en las tradiciones religiosas de la humanidad. El diálogo no es simple instrumento al servicio de evangelización, sino que es una forma más de realizar la misión. Según el documento Diálogo y misión el cristiano a través del diálogo comparte con el hermano de otra religión su experiencia religiosa, a la vez que intenta compaginarlo con el amor y el respeto al otro, inseparables de toda actividad misionera que se haga con espíritu eclesial. En este diálogo el cristiano descubre con gozo cómo Dios va siempre por delante de nuestras iniciativas y se alegra de servir al misterioso proyecto de amor que Dios tiene, en su bondad, para cada pueblo (Diálogo y misión, n. 43).

Esto comporta que el misionero se acerca hoy en día a los pueblos que pretende evangelizar con un enorme respeto, con actitud de búsqueda humilde y paciente de todos los valores “cristianos” presentes entre los destinatarios de su labor misionera. Pero a la vez debe estar animado de auténtica “parresía” o audacia evangélica para proclamar –allí donde el Espíritu haya hecho madurar los tiempos y los momentos (cfr. Hch 1,7)- sin titubeos, a Jesucristo. “El hecho de que los seguidores de otras religiones puedan recibir la gracia de Dios y ser salvados por Cristo independientemente de los medios ordinarios que Él ha establecido, no quita la llamada a la fe y al bautismo que Dios quiere para todos los pueblos” (RMi 55).

Por eso “el diálogo, recuerda Juan Pablo I en Novo Millennio Inneunte, no puede basarse en la indiferencia religiosa, y nosotros como cristianos tenemos el deber de desarrollarlo ofreciendo el pleno testimonio de la esperanza que está en nosotros (cf. 1 Pt 3,15). No debemos temer que pueda constituir una ofensa a la identidad del otro lo que, en cambio, es anuncio gozoso de un don para todos, y que se propone a todos con el mayor respeto a la libertad de cada uno: el don de la revelación del Dios Amor, que «tanto amó al mundo que le dio su Hijo unigénito » (Jn 3,16)” (NMI 56).

Por otra parte, como ya hacía notar Henri de Lubac en los tiempos del Concilio Vaticano II, el hecho de que Dios intervenga misericordiosamente en las manifestaciones religiosas no cristianas, no nos debe hacer pensar que su origen sea **sobrenatural**, es decir, debido a una intervención histórica de Dios, como son su Revelación y sus “mirabilia” o milagros. Y esto no implica en absoluto una actitud de menosprecio de todo lo “no-cristiano” sino que es expresión y consecuencia de ver en Jesús al **mediador único** entre Dios y los hombres, y su único Redentor. En la primer Carta de Pablo a Timoteo se presenta una breve fórmula de fe cristiana afirmando: “hay un sólo Dios y también un sólo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también. El que se entregó a sí mismo como **rescate por todos**” (2 Tim 4, 5-6).

Ser cristianos y ser misioneros de Cristo no significa entonces situarse en competencia o en contraste con las otras religiones, sino en “convergencia”, ya que hacia Él y a partir de Él, “Verbo que ilumina a todo hombre que

viene a este mundo” (Jn 1,9) convergen todos los esfuerzos humanos, sostenidos por la gracia de Dios que a todos quiere salvos, y orientados a dar un **sentido** a la vida humana y a buscar plenitud o salvación.

3. El testimonio, criterio de credibilidad, en la misión ad gentes

Redemptoris Missio ha introducido como parte de la “misión ad gentes” no sólo el diálogo inter-religioso sino también el trabajo por el **desarrollo** integral de los grupos humanos a los que los misioneros pretenden servir. A este respecto, no sólo tiene el tono de una verdadera inspiración poética, sino el de una auténtica mística franciscana, la siguiente página de la Novo Millennio Ineunte: “El siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es deseable que lo vean de modo palpable, a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres. Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que Él mismo ha querido identificarse: “he tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado de beber... (Mt 25,35-36). Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia.” (NMI 49).

La consecuencia es muy clara, si el misionero pretende presentar a Cristo sólo con la Palabra, no sirve. En un contexto de necesario testimonio, en la “misión ad gentes” hay que acentuar el “poder de los hechos”, más que el de las palabras. El misionólogo español J.A. Barreda ha escrito: “en el mundo del diálogo, que se presenta indudablemente como el camino de la “misión ad gentes”, el “testimonio misionero” se coloca en el primer lugar de la actividad evangelizadora y se convierte en el criterio de credibilidad de la proclamación del Evangelio” (Euntes D., 2, 2002, p. 74). El amor de Dios por el mundo como de hecho se ha concretizado en el misterio del Hijo que “amó hasta el extremo”, lleva al misionero de hoy en día a un proceso de identificación amorosa con el pueblo que quiere servir. Como Cristo, el misionero no está llamado a dar una teoría sobre el dolor, el hambre, la enfermedad, sino que sana, da de comer, ayuda... Cristo vino a liberar del pecado, pero se introduce a esta acción profunda, haciendo simplemente el bien a cuantos lo necesitaban (cfr. Jn 2,1-11). Hoy el misionero es la encarnación del Buen Samaritano, siente compasión, se solidariza sinceramente con los pobres. En nuestro mundo, víctima de la lógica del ganar, del provecho propio, la gratuidad suscita la sorpresa y hace surgir la pregunta ¿Quién es este? ¡Cuántos caminos a Cristo ha abierto y sigue abriendo aquella extraordinaria “misionera” de la caridad que ha sido Teresa de Calcuta!

4- La gracia de la conversión, fruto de la misión ad gentes

“La Iglesia está efectiva y concretamente al servicio del Reino. Lo está ante todo mediante el anuncio con el que **llama a la conversión**. Al anunciar el Reino, la Iglesia invita a acogerlo, cooperando al don de Dios, para que acogido crezca entre los hombres” (RM 26).

Esta es la doctrina de la Iglesia, pero hoy en día el “misionero ad gentes” debe estar dispuesto, precisamente por la actual sensibilidad hacia todo lo que podría sonar a imposición y a falta de respeto de las convicciones ajenas, a enfrentarse a duras críticas que vienen de no pocos teóricos de la cultura al considerar la propuesta de conversión como una violación de la conciencia o una imposición a la libertad de los demás.

Si la Iglesia, en fidelidad al mandato de Cristo, envía a los Heraldos del Evangelio hasta los últimos confines del mundo, lo hace no sólo por obediencia a Cristo, sino también en la plena aceptación y defensa del derecho a la libertad religiosa. Clarificadoras son estas palabras del misionólogo Rossano: “el derecho a la libertad religiosa, no significa en absoluto indiferencia religiosa en el sentido de que todas las religiones sean iguales, válidas o falsas, no significa relativismo doctrinal que niega la existencia de una verdad objetiva; no significa escepticismo frente a la posibilidad de conocer lo verdadero y lo bueno en el orden religioso o moral; no significa autonomía de la conciencia que quedaría exonerada de toda obligación a la verdad y de adhesión al bien; no significa individualismo religioso por lo cual estaría permitido decir y hacer todo lo que agrada. Significa sólo guardar celosamente la propia fe y reconocer que también todos los demás tienen este mismo derecho” (Rossano, p. 200).

Está claro que la actividad misionera “ad gentes” no puede ser identificada con posturas proselitistas de “conquistas de adeptos”. El misionero debe dejarse guiar por un doble respeto: “respeto por el hombre en su búsqueda de respuestas a las preguntas más profundas de la vida y respeto por la acción del Espíritu en el hombre” (RMi 24). Reconocemos que no siempre los misioneros han actuado de este modo: es fácil encontrar en las historias de las misiones, numerosos ejemplos de proselitismos irrespetuosos y de verdadero atropello al derecho ajeno por la imposición del propio “Credo”. Tal vez por ello aún resuenan en nuestros oídos el estruendoso aplauso que los jóvenes dieron en mayo del año 2003 en el encuentro de Cuatro Vientos en Madrid a las palabras de “la fe se propone, no se impone” de Juan Pablo II que recordaban las que nos entregó en su primer mensaje del DOMUND en el año 1979: “la buena nueva del Evangelio a los pueblos consiste en proponer, y no en imponer la verdad cristiana”.

Hoy en día el misionero debe asumir una actitud de total y delicado respeto de la persona, profese éste la religión que sea, consciente de que el hombre, todo ser humano es “el camino de la Iglesia”. Esta es su servidora y servir al hombre es su único privilegio. “¡Nadie tema a la Iglesia! –afirma Juan Pablo II en Nueva

Delhi en 1999- porque su única finalidad es continuar la misión de servicio y de amor de Cristo (...) la libertad religiosa es inviolable hasta el punto de exigir que se reconozca a la persona incluso la libertad de cambiar su religión si así se lo "pide su conciencia".

El misionero de hoy en día ofrece con "audacia" y respeto lo que él mismo ha recibido, consciente que lo que él ofrece constituye una respetuosa apelación a la libre conciencia de los oyentes. Si la propuesta y la apelación llevan a la "conversión" y hasta el cambio de religión, esto se debe ante todo a la gracia de Dios (Es Dios quien da el incremento, diría San Pablo) y a la respuesta libre de cada persona. Si esto no acontece y no hay conversión, eso no es motivo para que el misionero renuncie a su presencia entre "su pueblo" y a su servicio por amor, esperando la "hora de Dios". A él no le debe motivar, en última instancia, el éxito, sino la fidelidad al mandato de Cristo.

5- El carisma y el ministerio misionero en situación de conflicto

La historia de las misiones casi siempre ha sido historia de cristianos que se han mantenido "tercamente" firmes en el conflicto. Han sido "casa construida sobre roca". Hoy en día, se les exige no pocas veces, auténtico heroísmo: no conozco ningún lugar en el que ser misionero sea fácil; la posibilidad de morir víctima de la violencia, se da en África como en Asia y hasta hace poco en no pocos países de América. No pasan meses sin que los medios de comunicación nos informen del asesinato de algún misionero o misionera. Jesús ya desde la primera misión cuando envió a los 72, les dijo que los enviaba como "corderos en medio de lobos", y al final de su vida, antes de entrar en el Cenáculo les dice a los Apóstoles que "vendan su manto -si fuera necesario- para comprar una espada" (cfr. Lc 22,35). Quiere decirles que la fidelidad a la misión implica estar preparados para el combate: así ha sido para Jesús y sus discípulos; a los misioneros no necesariamente les irá mejor. El misionero de Cristo, que debe llevar y ofrecer paz, se sabe discípulo de Quien afirmó: "No piensen que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz sino espada" (cfr. Lc 2,35-38). La misión hoy (al menos como ayer, si no más) pasa por la fatiga, el contraste, el dolor, la cruz y no sólo por las dificultades del lugar, sino porque la propuesta del Reino siempre es profética, y el profeta no tiene patria, es siempre un expatriado o exiliado. Contempla, como Moisés, una patria en que todavía no habita: lo sostiene la esperanza.

Esta entrega generosa y total emerge de la convicción de la llamada a la misión y del acompañamiento de la gracia divina de la comunidad cristiana que envía y acoge. El misionero no es alguien que se apunte a hacer una labor de simple altruismo antropomórfico, sino fruto de una vocación. "Aunque a todo discípulo de Cristo incumbe el deber de propagar la fe según su condición, Cristo Señor, de entre los discípulos, llama siempre a los que quiere para que lo acompañen y los envía a predicar a las gentes. Por lo cual, por medio del Espíritu Santo, que distribuye los carismas según quiere para común utilidad, inspira la vocación misionera en el corazón de cada uno y suscita al mismo tiempo en la Iglesia Institutos... esta vocación "se manifiesta en el compromiso total al servicio de la evangelización; se trata de una entrega que abarca a toda la persona y toda la vida del misionero, exigiendo de él una donación sin límites de fuerzas y de tiempo. Quienes están dotados de tal vocación, «enviados por la autoridad legítima, se dirigen por la fe y obediencia a los que están alejados de Cristo, segregados para la obra a que han sido llamados, como ministros del Evangelio»"(RM, 65).

Muchos son los caminos que Espíritu ha suscitado en el seno de la Iglesia para que los fieles pudieran descubrir su propia vocación misionera en el ámbito laical, en la vida consagrada o participando del sacerdocio ministerial de Jesucristo. Cabe destacar con agradecimiento las Sociedades misioneras de vida apostólica y los Institutos misioneros, así como la contribución a la misión por parte de los movimientos eclesiales y nuevas comunidades.

CONCLUSIÓN

Nos hemos atrevido a trazar un camino para la "misión ad gentes" al inicio del tercer milenio, una misión que la "Iglesia vive" en situación de paradoja, entre la "nueva primavera" que Juan Pablo II vislumbra y el hecho doloroso de la escasez de misioneros; una misión que exige enraizarse en una profunda motivación místico-espiritual, para no "diluir" su realidad en "justificadas coartadas" como la que se encierra en la expresión "la misión está aquí", y que debe hacerse presente en el compromiso misionero, estimulado a veces, pero también criticado por los que se quedan en la orilla de acá.

En cualquier caso nos sostiene la voz de Aquel que caminando sobre las aguas, nos grita, como a Pedro y a sus compañeros: "No tengan miedo, soy yo", y nos invita a **caminar**, aunque tengamos la impresión de hacerlo sobre "las aguas". Nos sostiene la fe en quien nos invita, y con Él "cruzamos nuestro umbral" que siempre es de esperanza, precedidos y acompañados por aquella que es la estrella de la "primera" y de la "nueva" evangelización.

Por **Anastasio Gil García**

Simposio Misionero

Málaga, 19 noviembre 2005

PARROQUIA MISIONERA COMUNIDAD CRISTIANA MISIONERA

La misión de la Iglesia universal es anunciar a Jesucristo, formar comunidades cristianas y encarnar los valores del Evangelio, para el crecimiento del reino de Dios en el mundo (Cfr. RM, 20). Esta responsabilidad misionera de la Iglesia es una de sus características más esenciales: para ello fue enviada, impulsada y seguida por Jesucristo; ella a través de esta acción misionera anuncia a Cristo; lo predica, lo comunica, lo transmite; y mediante ella Cristo llega a los hombres, trascendiendo los confines de las naciones. La dimensión misionera de la Iglesia está, por tanto, en la entraña de su vocación específica como lo atestigua el Concilio Vaticano II: 'La Iglesia peregrinante es, por su naturaleza, misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre' (AG, 2). Su actividad misionera consiste en salir al encuentro de los hombres de nuestro tiempo que todavía no han conocido el amor de Dios, respetando siempre su libertad, para desvelarles el rostro de Dios: "la actitud básica en los mensajeros de la buena nueva del Evangelio a los pueblos consiste en proponer, y no en imponer la Verdad cristiana" (Juan Pablo II, DOMUND 1979).

Este deber de salir afecta a todos los que han tenido la dicha de encontrar al Maestro, es un deber que se transforma en derecho: es deber de todos los fieles y de a todos los bautizados porque "la obra de la evangelización es deber fundamental del Pueblo de Dios (AG, 35) y "la responsabilidad de diseminar la fe incumbe a todo discípulo de Cristo (LG, 17). Los fieles cristianos, por el hecho de su pertenencia a la Iglesia, tienen una vocación a la misión igual que su llamada divina a la santidad. "La vocación universal a la santidad está estrechamente unida a la vocación universal a la misión. Todo fiel está llamado a la santidad y a la misión" (RM, 90). Cada uno de los miembros de la Iglesia debe asumir su responsabilidad para vivir con gozo la evangelización. En la Carta Apostólica *Tertio millennio adveniente* Juan Pablo II confía en que el Espíritu, que ha animado a la Iglesia durante el siglo que terminaba, sigue estando presente en la conciencia de cada cristiano: "Esta pasión suscitará en la Iglesia una nueva acción misionera, que no podrá ser delegada a unos pocos 'especialistas', sino que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios. Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo. Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido, como compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos"(n. 40).

Aunque a nadie le está permitido refugiarse en la comunidad para hacer dejación de su deber de anunciar el Evangelio, sin embargo esta responsabilidad afecta también a la comunidad en cuanto tal. Fue a la comunidad de Antioquia a quien el Espíritu dijo: "Separadme ya a Bernabé y a Paulo para la obra a la que los he llamado" (Hch 13, 2). Después de orar y de ayunar les enviaron. Desde las comunidades cristianas de la Iglesia se realizan ordinariamente la salida a otras fronteras para anunciar el Evangelio. Tal vez este sea uno de los gestos que mejor identifica a estas comunidades como expresión viva de la Iglesia universal y de la Iglesia particular.

"Entre ellas sobresalen las parroquias, distribuidas localmente bajo un pastor que hace las veces del obispo, ya que, de alguna manera, representa a la iglesia visible establecida por todo el orbe" (SC, 42). La expresión sobresale nos lleva a considerar la parroquia como la célula viva de la Iglesia particular; en la que viven los cristianos la comunión de fe, de culto y de misión con la Iglesia diocesana y, a través de ésta, con todo el cuerpo de las Iglesias". Por estos motivos la parroquia está llamada a asumir la responsabilidad misionera de la Iglesia para hacer presente en el mundo el designio salvífico de Dios. El Señor, que llama a salir de uno mismo, a compartir con los demás los bienes que tenemos, invita a la comunidad cristiana a derribar las fronteras que la encierran en sí misma y la impiden descubrir la belleza de su universalidad.

Tal vez la constatación de las dificultades que como pastores nos encontramos en la pastoral ordinaria pueda ofrecernos "razonadas sinrazones" para pensar que una cosa es la teoría, el lenguaje de los documentos y las estrategias de los teóricos y otra cosa, muy distinta, la respuesta responsable de estas "supuestas" comunidades. Ante estos planteamientos "realistas" resuena la voz de Juan Pablo II cuando transmite su gran esperanza de ver multiplicarse en el mundo pequeñas comunidades cristianas, dinámicas y abiertas, que han comprendido la propia responsabilidad en el anuncio del Evangelio. A estas comunidades misioneras las considera como comunidades dinámicas y abiertas porque han integrado en su ser la responsabilidad misionera de cada uno de sus miembros. Una comunidad cristiana cerrada en sí misma, sin apertura misionera, es una comunidad incompleta o una Iglesia enferma. "Ninguna comunidad cristiana es fiel a su cometido si no es misionera: o es comunidad misionera o no es ni siquiera comunidad, pues se trata de dos dimensiones de la misma realidad, tal como es definida por el bautismo y plenificada en la Eucaristía" (Juan Pablo II, DOMUND 91, 1).

En qué sentido puede entenderse o cómo se puede trabajar para que una La comunidad cristiana –una parroquia- pueda considerarse misionera? Proponemos dos campos complementarios, de manera que el uno lleva al otro y al revés. Algo así como la relación entre Misión y Eucaristía: la misión lleva a la Eucaristía, pues de lo contrario no sería misión evangelizadora y la Eucaristía lleva a la misión como indicador de la autenticidad en la participación de la celebración eucarística. Lo decía el domingo pasado el Papa Benedicto XVI a las pocas

horas de inaugurar el Sínodo de Obispos sobre la Eucaristía: “Por este motivo, el querido Papa Juan Pablo II quiso dedicar a la Eucaristía todo un año, que se clausurará precisamente con el final de la Asamblea sinodal del 23 de octubre próximo, domingo en el que se celebrará la Jornada Misionera Mundial. Esta coincidencia nos ayuda a contemplar el misterio eucarístico desde la perspectiva misionera. La Eucaristía, de hecho, es el centro propulsor de toda la acción evangelizadora de la Iglesia, como lo es el corazón en el cuerpo humano. Las comunidades cristianas sin la celebración eucarística, en la que se alimentan con la doble mesa de la Palabra y del Cuerpo de Cristo, perderían su auténtica naturaleza: sólo en la medida en que son «eucarísticas» pueden transmitir a los hombres a Cristo, y no sólo ideas o valores por más nobles e importantes que sean. La Eucaristía ha plasmado insignes apóstoles misioneros en todos los estados de vida: obispos, sacerdotes, religiosos, laicos, santos de vida activa y contemplativa. Pensemos, por una parte, en san Francisco Javier, a quien el amor de Cristo le llevó hasta el lejano Oriente para anunciar el Evangelio; y por otra parte, en santa Teresa de Lisieux, joven carmelita, cuya memoria celebramos ayer precisamente. Vivió en la clausura su ardiente espíritu apostólico, mereciendo ser proclamada junto a san Francisco Javier patrona de la actividad misionera de la Iglesia” (Roma, 2-X-2005).

UNA COMUNIDAD CRISTIANA PUEDE Y DEBER SER MISIONERA EN ESTE DOBLE SENTIDO:

En sentido general cuando realiza con especial dedicación y eficiencia en la comunidad su misión evangelizadora. En estos momentos en las comunidades parroquiales de nuestro país el primer anuncio del Evangelio a los no-cristianos se presenta cada vez como “misión entre nosotros”.

En sentido específico cuando mediante una adecuada pastoral misionera vive y realiza su misión local y su misión universal hacia todas las gentes.

I. Comunidad cristiana misionera en sentido general

No hace muchos años, cuando se publicó el Directorio General para la catequesis, se hacía una denuncia que expresaba con claridad uno de los problemas más hondos de la pastoral ordinaria: “La formación al apostolado y a la misión es una de las tareas fundamentales de la catequesis. Sin embargo, mientras crece en la actividad catequética una nueva sensibilidad para formar a los fieles laicos para el testimonio cristiano, el diálogo interreligioso y el compromiso en el mundo, la educación en el sentido de la “misión ad gentes” es aún débil e inadecuada. A menudo, la catequesis ordinaria concede a las misiones una atención marginal y de carácter ocasional” (DGC, 30).

La denuncia, de ser cierta, es grave, porque la dimensión misionera está llamada a integrar la pastoral ordinaria de una comunidad cristiana. No como un elemento más sino como una de sus necesarias tareas o funciones. Así como la parroquia debe atender a la iniciación cristiana y sacramental de los fieles, con la misma fuerza y necesidad está llamada a implicar a los bautizados en la búsqueda y en la acogida de quienes aún no han recibido el don de la fe, para que se produzca en ellos el encuentro con Jesucristo y les capacite para ser fermento renovador capaz de “alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación” (cfr. EN, 19). Esta conversión y transformación del creyente hace posible el nacimiento de la “nueva criatura”, rica al mismo tiempo en valores humanos y divinos. El “hombre nuevo” que reconoce siente comprometido a sostener la justicia, la caridad y la paz en el contexto socio-político al que pertenece, y se hace artífice o, al menos, colaborador de aquella “civilización nueva” que tiene su ‘Carta Magna’ en el Sermón de la Montaña

La parroquia puede cuidar esta dimensión misionera cuando:

a. Como comunidad se hace casa y escuela de encuentro con Jesús, de conversión, comunión y espacio privilegiado para todos. En este caso la parroquia es, eminentemente, la “iglesia del pueblo”, no en el sentido de oposición al ministerio o a lo institucional, sino como apertura opuesta a cualquier forma de determinación selectiva que no sea estrictamente la fe. Es el gran objetivo de la iniciación cristiana que la diócesis confía a la comunidad parroquial y que consiste en gestar la vida donde se debe plasmar toda la universalidad, toda la eclesialidad, toda la riqueza radical del don divino. Al decir todos estamos señalando que hemos de atender a los que vienen, pero también a los que traemos: “salir a los caminos para invitarles a entrar en el banquete...” La parroquia tiene como misión atender a todos, sin acepción de personas. El núcleo esencial de la parroquia no son los grupos selectos de la misma, sino “el común de pueblo cristiano”. Ellos son, fundamentalmente los que deben ser evangelizados desde lo común y radical cristiano y los que deben evangelizar con su vida pobre y humilde. Así es como se puede entender que Juan Pablo II advierta que la misión no es de “especialistas”, sino que implica a todos los bautizados. Así una parroquia comienza a ser misionera cuando procura atender desde la pastoral ordinaria –también desde la extraordinaria- a todos los hombres y mujeres que la Iglesia le ha encomendado.

b. Dimensión misionera se hace realidad cuando se da prioridad a la evangelización de los alejados y de los no-cristianos. La acción misionera llamada *ad intra* “se está volviendo cada vez más necesaria, a causa de las situaciones de descristianización frecuentes en nuestros días, para gran número de personas que recibieron el bautismo, pero viven al margen de toda vida cristiana; para las gentes sencillas que tienen una cierta fe, pero

conocen poco los fundamentos de la misma; para los intelectuales que sienten necesidad de conocer a Jesucristo bajo una luz distinta de la enseñanza que recibieron en su infancia y para otros muchos" (EN, 52). El fenómeno del secularismo ateo y la ausencia de práctica religiosa en muchos sectores de adultos y jóvenes, en la élite y en la masa, es una continúa interpelación para que la Iglesia emprenda una clara y decidida acción misionera.

c. Realiza el servicio de la iniciación cristiana con anuncio del Kerigma, que tiene como finalidad tiene última suscitar en los destinatarios una conversión inicial que implica: la aceptación de Dios vivo revelado en Jesucristo, la voluntad de seguir a Jesús y el deseo de incorporarse a la comunidad cristiana. Respuesta libre que pasa necesariamente por las disposiciones personales del oyente a la escucha y a la gracia de Dios. "Al no haber tiempo determinado ni programas de contenidos en esta etapa espérese hasta que los candidatos, según su disposición y condición, tengan el tiempo necesario para concebir la fe inicial y para dar los primeros indicios de su conversión. Se trata de una "fe inicial" y de una conversión "inicial", es decir de una acogida cordial a la acción divina en sus vidas, y el deseo moral del cambio de vida" (IC, 120). La esperanza y paciencia de la comunidad parroquial misionera son requisitos necesarios para ir acompañando a los destinatarios de esta acción eclesial.

d. La comunidad parroquial es misionera cuando "parte el pan" con el otro, con el más necesitado. La solidaridad con los más necesitados es uno de los elementos integradores de la misión que tienen como resultado el reconocimiento del Resucitado. Cuando Jesús hace la petición a sus discípulos que le den algo de comer, éstos aún no le han reconocido. Están ante el reto de dar de comer a un hambriento desconocido sin tener nada que dar. Lo mismo sucedió con el muchacho que entregó los preciosos víveres que le había dado su madre; luego, cada uno de los comensales tuvo que repartir con los demás el trozo que aparentemente se había partido para él. Y así es como se fue multiplicando el pan. Y así es como sucede siempre. Los discípulos que salen al mar abierto a pescar algo para el desconocido que "tiene hambre" deben, en el fondo, darse a sí mismos. Sólo quien se da a sí mismo descubre que antes le ha sido dado todo. Debemos darnos a nosotros mismos para recibir luego el don de Dios. Sólo cuando Jesús recibe de los apóstoles la vaciedad de que no han pescado nada, les capacita para la pesca milagrosa y el pez asado para que coman. El "pan partido" se hace realidad cuando la compasión y la misericordia penetran en el corazón de la humanidad. Desde la experiencia de la donación es posible introducirse en la celebración de la mesa del Señor.

La misión se inicia con la donación de uno mismo y de lo que tiene; con la súplica por las necesidades de los demás más que por las propias necesidades: "Cuando el ángel le prometió un hijo, Zacarías lo rechazó como algo absurdo, algo que él no esperaba de Dios, como algo que no consideraba sensato pedir en su oración. De donde podemos concluir que hacía ya mucho tiempo que había dejado de pedir un hijo; pedía algo más, algo mayor, aquello que la Biblia llama la consolación de Israel, la redención del mundo" (J. Ratzinger, *Servidor de vuestra alegría*, p. 41). Es la disponibilidad para "partir" el pan de la solidaridad y el pan de la salvación, superando cualquier planteamiento dicotómico. Cristo es a la vez Pan y Palabra, que sacia la sed de agua y el hambre de Dios. La Iglesia misionera desde sus orígenes ha atendido en y desde la misión tanto el desarrollo humano y la promoción económica como la oferta de salvación.

II. Comunidad cristiana misionera en sentido estricto

Sin embargo la expansión del Evangelio está más allá de nuestras fronteras. Si volvemos la mirada a Pablo descubrimos que no sólo va a la misión empujado por el Espíritu y enviado por la Iglesia, sino que además porque desde fuera es reclamado: "Por la noche Pablo tuvo una visión: un macedonio estaba de pie suplicándole: 'Pasa a Macedonia y ayúdanos'. En cuanto tuvo la visión, inmediatamente intentamos pasar a Macedonia, persuadidos de que Dios nos había llamado para evangelizarles" (Hch. 16,9-10). Ahora también sucede lo mismo. La constatación estadística de la situación de fe en el mundo es también un argumento más para evangelización de las personas y de las culturas. Se puede afirmar que aún no conocen o reconocen a Jesucristo el 70% de la población mundial. Del 30% que se confiesan cristianos, sólo el 18% forma parte de la Iglesia católica. A esta situación habría que añadir el nuevo fenómeno de la indiferencia, del alejamiento o del abandono de los católicos que están demandando una nueva evangelización y que viene a añadirse a la acción irrenunciable de la misión *ad gentes*. Es muy difícil hacer una estimación cuantitativa de las personas necesitadas de una primera evangelización o misión *ad gentes*, pero con carácter aproximativo se puede pensar en un 70% de la humanidad. A éstos hay que añadir los que fueron insuficientemente evangelizados o han abandonado la fe y ahora están necesitados de una nueva evangelización[1]. ¿Acaso no está justificada a la luz de estos datos la afirmación de *Redemptoris missio* en la que Juan Pablo II confirma que "la misión se halla todavía en sus comienzos"? (RM, 1).

Cuál es la situación de la Iglesia en el mundo?, se preguntaba Juan Pablo II en el año 1980. "Es evidente que, después de dos mil años de Cristianismo, el Evangelio del Señor está muy lejos de ser conocido y difundido, en su integridad, entre todos los hombres", respondía. Para añadir "hay que reconocer entre la causas de esta situación se encuentra el escaso número de aquellos que trabajan en la evangelización. Continúa siendo verdad también hoy, lamentablemente, el dictamen expresado en su tiempo por el "príncipe de los misioneros",

San Francisco Javier: "Muchos cristianos se dejan de hacer en estas partes, por no haber personas que en tan tías y santas cosas se ocupen".

Esta responsabilidad misionera *ad extra* ha de afectar a la Iglesia particular de manera especial, y en consecuencia, a la comunidad parroquial. La naturaleza misionera de una comunidad y de una Iglesia particular deriva del hecho de ser concreción de la Iglesia universal, que es misionera por su misma razón de ser. Por eso cada diócesis debe hacer presente y realidad el mandato misionero de Cristo que se extiende a todas las personas, vocaciones, estados de vida, instituciones y servicios de la comunidad eclesial. Cada uno participa "in solidum" (aunque de modo diverso) en esta responsabilidad misionera. Cada Iglesia local debe sentir su responsabilidad acerca de la suerte humana y cristiana de toda la humanidad. De esta manera, la expresión "la misión está aquí" será un estímulo a la responsabilidad misionera y nunca una fina coartada para replegar todas las fuerzas evangelizadoras de una Iglesia particular sobre sí misma, perdiendo de esta manera su carácter de universalidad.

La comunidad cristiana es misionera en sentido estricto cuando:

a. Asume adecuadamente la "pastoral misionera", integrándola como elemento primordial dentro de su pastoral ordinaria (cfr. RM, 83) y de conjunto. Esto es posible al fomentar la participación misionera de cada fiel, de cada familia, de cada pequeña comunidad y de cada grupo en favor de la evangelización local y universal. Un hecho significativo para lograr este objetivo es la participación en las celebraciones de la Jornadas Misioneras previstas en el calendario litúrgico. Merece especial atención la Jornada Mundial de Misiones (DOMUND) para hacer presente en la vida de la comunidad esta dimensión de la universalidad. La Jornada Misionera Mundial puede y debe ser, en la vida de cada una de las Iglesias particulares ocasión para llevar a la práctica la pastoral de catequesis permanente de abierta dimensión misionera, proponiendo a cada uno de los bautizados y de las comunidades cristianas, un programa de vida 'evangelizada y evangelizadora' (Juan Pablo II, Mensaje 1986, 2). OMP proporciona suficientes subsidios pastorales para implicar a las personas, a los grupos apostólicos y caritativos y a la misma comunidad en el sentido universal y misionero de la Jornada. Desgraciadamente parece que estas Jornadas sólo se miden por la cooperación económica que se pide. Sin embargo son la ocasión para hacer una adecuada reflexión sobre:

~ La toma de conciencia general del deber misionero y

~ El compromiso de que todos los miembros de la Iglesia, cualquiera que sea su función o condición eclesial, están implicados en este deber.

b. Organiza y realiza los principales servicios de la pastoral misionera con es:

La información a la comunidad de la acción misionera de la Iglesia y de sus misioneros. Con fuerza lo recomienda el Concilio Vaticano II: "para que todos y cada uno de los fieles cristianos conozcan puntualmente el estado actual de la Iglesia en el mundo y escuchen la voz de los que claman: 'ayúdanos', facilítense noticias misionales, incluso sirviéndose de los medios modernos de comunicación social, que los cristianos, haciéndose cargo de su responsabilidad en la actividad misional, abran los corazones a las inmensas y profundas necesidades de los hombres y puedan socorrerlos" (AG, 36). Para ello el responsable de la comunidad parroquial recoge, facilita y comenta esta información como una de las tareas más saludables para el pueblo de Dios: le hace sentirse noblemente orgulloso de ser Iglesia, le interpela en sus propios planteamientos de vida y le implica mental y vitalmente en la empresa misionera.

La formación misionera, dentro de la formación cristiana (Cfr. RM, 90) para ayudar a que los cristianos adquieran criterios, mentalidad y corazón misioneros como su Maestro. La formación misionera es esencial en cualquiera de los proyectos educativos cristianos. La acción misionera es una de las tareas o dimensiones del proceso básico de la iniciación a la fe y a la vida cristiana de los bautizados, que debe estar en la estructura de cualquier programa de iniciación cristiana, y de los que atienden a la formación permanente de los fieles, como es el caso de los agentes de pastoral. Así se asegura la posibilidad de que los fieles sean ayudados a alcanzar convicciones firmes para tomar decisiones lúcidas y generosas; se logra en ellos una sintonía y un afecto del corazón que favorezca la implicación personal y la participación activa en la tarea misionera; y el cultivo de una espiritualidad misionera.

c. Promueve su cooperación misionera universal por medio de:

~ Cooperación espiritual con el ofrecimiento de la propia vida cristiana, la intensa oración por las misiones y la ofrenda de los propios sacrificios. La cooperación espiritual, que nace del encuentro con la revelación del Dios trinitario y de su proyecto salvífico sobre la humanidad y la creación entera. "La oración debe acompañar el camino de los misioneros, para que el anuncio de la Palabra resulte eficaz por medio de la gracia divina. San Pablo, en sus cartas, pide a menudo a los fieles que recen por él, para que pueda anunciar el Evangelio con confianza y franqueza" (RM, 98).

~ Cooperación material promoviendo la ofrenda económica o de otros bienes materiales. La cooperación económica es un signo de la disponibilidad para compartir y para apoyar proyectos necesarios para la realización de la misión. "Las misiones no piden solamente ayuda, sino compartir el anuncio y la caridad para

con los pobres. Todo lo que hemos recibido de Dios —tanto la vida como los bienes materiales— no es nuestro sino que nos ha sido dado para usarlo. La generosidad en el dar debe estar siempre iluminada e inspirada por la fe: entonces sí que hay más alegría en dar que en recibir” (RM, 81).

Cooperación con vocaciones misioneras. La comunidad cristiana está comprometida con el envío de misioneros “más allá de sus fronteras”. La cooperación personal, como expresión de una salida efectiva por parte de las comunidades eclesiales. “La promoción de estas vocaciones es el corazón de la cooperación: el anuncio del Evangelio requiere anunciadores, la mies necesita obreros, la misión se hace, sobre todo, con hombres y mujeres consagrados de por vida a la obra del Evangelio, dispuestos a ir por todo el mundo para llevar la salvación [...] Debemos preguntarnos por qué en varias naciones, mientras aumentan los donativos, se corre el peligro de que desaparezcan las vocaciones misioneras, las cuales reflejan la verdadera dimensión de la entrega a los hermanos”(RM, 79).

La comunidad parroquial debe a) promover vocaciones misioneras porque la misión requiere misioneros (cfr. RM, 61); b) ayudar a escuchar la llamada para sentir la vocación a la misión; y c) acompañar a cultivar y a responder gradualmente. Teniendo como modelo la figura y la vocación de los apóstoles, se pueden señalar algunos rasgos o indicadores de esta vocación cristiana a la misión. Con palabras de *Redemptoris missio* esta vocación “se manifiesta en el compromiso total al servicio de la evangelización; se trata de una entrega que abarca a toda la persona y toda la vida del misionero, exigiendo de él una donación sin límites de fuerzas y de tiempo. Quienes están dotados de tal vocación, «enviados por la autoridad legítima, se dirigen por la fe y obediencia a los que están alejados de Cristo, segregados para la obra a que han sido llamados, como ministros del Evangelio»”(RM, 65). La mejor manera de mostrar la vocación misionera es la relación permanente con los misioneros que han partido de la comunidad o que pertenecen a la Iglesia local. La presencia de misioneros y misioneras en las comunidades parroquiales, sobre todo los misioneros que han partido de la propia diócesis son ocasiones providenciales para integrar la dimensión misionera en la pastoral ordinaria.

Uno de los rasgos específicos de la vocación misionera es la universalidad, motivada por el deseo de extender el Reino a todos los pueblos haciendo que lleguen a la plenitud las semillas del Evangelio; difundir la fe, haciendo posible la apertura de los hombres a los planes de Dios; incorporar a la Iglesia a quienes han sido llamados, a través de la acción salvadora y sacramental de Cristo resucitado.

Muchos son los caminos que Espíritu ha suscitado en el seno de la Iglesia para que los fieles pudieran descubrir su propia vocación en el ámbito laical, de la vida consagrada o participando del sacerdocio ministerial de Jesucristo. Hagamos una breve reflexión sobre cada una de esos ámbitos:

Los laicos: esta responsabilidad misionera de la comunidad cristiana sería incompleta si a ella no se incorporan los laicos con su propia identidad y razón de ser. La peculiaridad de los laicos garantiza la inserción de los valores evangélicos en la sociedad: justicia, paz, libertad, caridad... Para llegar a estos campos de acción misionera, los laicos pueden aprovechar los “movimientos eclesiales, dotados de dinamismo misionero”, los cuales “representan un verdadero don de Dios para la nueva Evangelización y para la actividad misionera propiamente dicha”(RM, 127).

Los consagrados han de expresar su radicalismo evangélico y su peculiar seguimiento de Jesús en la disponibilidad para la misión; en virtud de su carisma propio están especialmente llamados a consagrar su vida a las nuevas fronteras de la misión. “Por su misma consagración se dedican al servicio de la Iglesia... están obligados a contribuir de modo especial a la tarea misional”(RM, 69). Los religiosos “en virtud de su más íntima consagración a Dios, y permaneciendo dinámicamente fieles a su carisma, no pueden dejar de sentirse implicadas en una singular colaboración con la actividad misionera de la Iglesia”(VC, 77). De ahí la necesidad de “promover con medios adecuados una distribución equitativa de la vida consagrada en sus varias formas, para suscitar un nuevo impulso evangelizador, bien con el envío de misioneros y misioneras, bien con la debida ayuda de los Institutos de vida consagrada a las diócesis más pobres” (VC, 78).

Los presbíteros deben ser conscientes de que su ordenación sacerdotal tiene como horizonte la misión universal, y que por ello es corresponsable de la animación, formación y cooperación misioneras que se realizan en las diversas Iglesias. Los presbíteros están llamados a la misión porque “cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal que la misión confiada por Cristo a los apóstoles” (PO, 10; cf. RM, 67).

Generosa ha sido y sigue siendo la respuesta de los sacerdotes españoles con las necesidades misioneras de la Iglesia universal, en particular durante el siglo XX. Sin embargo, las actuales circunstancias de los presbiterios diocesanos están haciendo que disminuya preocupantemente esta cooperación con las Iglesias más necesitadas. Y ceder ante esta tentación significaría un lamentable empobrecimiento del clero español. Ya Pío XII alentaba a los sacerdotes *Fidei donum* para que prestaran sus servicios temporales a las Iglesias más necesitadas. “Hoy, comenta *Redemptoris missio*, se ven confirmadas la validez y los frutos de esta experiencia; en efecto, los presbíteros llamados *Fidei donum* ponen en evidencia de manera singular el vínculo de comunión entre las Iglesias, ofrecen una aportación valiosa al crecimiento de comunidades eclesiales necesitadas,

mientras encuentran en ellas frescor y vitalidad de fe. Es necesario, ciertamente, que el servicio misionero del sacerdote diocesano responda a algunos criterios y condiciones. Se deben enviar sacerdotes escogidos entre los mejores, idóneos y debidamente preparados para el trabajo peculiar que les espera. Deberán insertarse en el nuevo ambiente de la Iglesia que los recibe con ánimo abierto y fraterno, y constituirán un único presbiterio con los sacerdotes del lugar, bajo la autoridad del obispo” (RM, 68; cfr. 17ª).

Movimientos eclesiales y nuevas comunidades, que el Espíritu viene suscitando en la vida de la Iglesia, han de asumir de modo plenamente consciente su responsabilidad misionera, e igualmente deben cultivar su “especialización” para insertar el testimonio misionero en los nuevos ámbitos y sectores mencionados. “Los movimientos pueden dar, de este modo, una valiosa contribución a la dinámica vital de la única Iglesia, fundada sobre Pedro, en las diversas situaciones locales, sobre todo en las regiones donde la *implantatio Ecclesiae* está aún en ciernes o afronta muchas dificultades” (Juan Pablo II, 27-V-98). A este respecto recuerda *Redemptoris missio* el nacimiento de estos “movimientos eclesiales”, dotados de un dinamismo misionero. De su inserción en la vida de la Iglesia local advierte el Papa: “Cuando se integran con humildad en la vida de las Iglesias locales y son acogidos cordialmente por obispos y sacerdotes en las estructuras diocesanas y parroquiales, los movimientos representan un verdadero don de Dios para la nueva evangelización y para la actividad misionera propiamente dicha. Por tanto, recomiendo difundirlos y valerse de ellos para dar nuevo vigor, sobre todo entre los jóvenes, a la vida cristiana y a la evangelización, con una visión pluralista de los modos de asociarse y de expresarse” (RM, 72).

f. Fomenta la dimensión misionera en la familia. La evangelización de la familia constituye uno de los objetivos principales de la acción pastoral, y ésta, a su vez, no alcanza plenamente su finalidad si las familias cristianas no se convierten ellas mismas en evangelizadoras y misioneras: la profundización de la conciencia espiritual personal hace que cada uno, padres e hijos, tenga la propia función y la propia importancia para la vida cristiana de todos los demás miembros de la familia. En este sentido, la oración de los padres, al igual que la de la comunidad cristiana, será para los hijos una iniciación en la búsqueda de Dios y en la escucha de sus invitaciones. El testimonio de vida encuentra entonces todo su valor. Supone que los hijos aprendan en familia, como consecuencia normal de la oración a mirar cristianamente al mundo según el Evangelio. Esto supone también que los hijos, en la familia, aprendan concretamente que en la vida hay preocupaciones más fundamentales que el dinero, las vacaciones o las diversiones. Con su ejemplo, más aún que con sus palabras, enseñarán a sus propios hijos a ser generosos con los más débiles, a compartir su fe y sus bienes materiales con los niños y jóvenes que todavía no conocen a Cristo o que son las primeras víctimas de la pobreza e ignorancia. Así, los padres cristianos serán capaces de captar el brote de una vocación sacerdotal o religiosa misionera, como una de las más bellas pruebas de la autenticidad de la educación cristiana por ellos impartida, y pedirán que el Señor llame uno de sus hijos.

Por Anastasio Gil García
Conferencias Misioneras
Toledo, 5 de octubre de 2005

1[1] Según la *Enciclopedia mundial del cristianismo*, publicada por Oxford University Press: “Desde 1998 a 1999 los católicos en el mundo pasaron de 1.022 a 1.038 millones, lo cual supone un aumento de 1,6%. El incremento de la población mundial en ese mismo período fue de 1,4%: es uno de los datos hechos públicos en la presentación en Roma de la edición del *Anuario Pontificio 2001*. El continente americano reúne prácticamente a la mitad de los católicos del mundo, mientras Europa el 27,3%, África el 12%, Asia el 10,4%, y Oceanía el 0,8%. La Iglesia cuenta con 3.862.269 personas dedicadas a la evangelización directamente: 4.482 obispos, 405.009 sacerdotes (de los cuales, 265.012 diocesanos), 55.428 religiosos no sacerdotes, 809.351 religiosas profesas, 31.049 miembros de institutos seculares, 80.662 misioneros laicos, 2.449.659 catequistas, y 26.629 diáconos permanentes.”